

María Martín Serrano Rivera
Ojos del Guadiana (Ciudad Real)
CASTILLA LA MANCHA



No podía dejar de repetir esa melodía. Esa mañana, Ana se había levantado con una sensación rara en el estómago: algo iba a pasar. Se levantó a las 7 y media como todos los días, se vistió con esa ropa multicolor que la definía y desayunó. Cogió su bici, también multicolor y emprendió el camino a la escuela. Su madre, descansaba en la habitación, seguramente de una de esas feas pesadillas desde la muerte de su hermano, por lo que no la despertó. Cuando giró a la izquierda hacia la plaza, vió allí algo fuera de lo normal. El local que estaba vacío, en venta, ya no lo estaba, y una música, como salida de sus extravagantes sueños, salía de aquella tienda, al parecer, de antigüedades. Pasó con el crujir de la madera vieja bajo sus pies y al fondo, de donde provenía esa música, había una pequeña estantería donde se encontraba la maravillosa máquina, una caja de música dorada y al parecer antigua. Nadie parecía haber en esa tienda pero se acordó, saliendo de sus ensoñaciones que tenía que ir a la escuela. Durante toda la mañana no pudo sacarse la melodía de la cabeza. Ésta le recordaba a los ensayos matutinos de ballet antes de la catástrofe que había destruido a su familia. A su hermano, con tan solo 6 añitos, le habían detectado un tumor que poco a poco se fue extendiendo sin que nosotros pudiésemos hacer nada, tan solo observar como se consumía poco a poco; Se llamaba Sergio. Mi madre había quedado destrozada y ella y mi padre habían roto. Él se había marchado de España, pero yo lo echaba mucho de menos. Pero yo pensaba que la vida no me había arrebatado solo a mi hermano si no también mi sueño, ser bailarina, me había quitado la ilusión porque sabía que mi familia ya no era la misma y no iba a estar ahí, apoyando, porque ni siquiera tenían fuerzas, tampoco me salían los pasos, y la carita de mi hermano se difuminaba en el espejo de la sala. Me sentía triste, pero también egoísta. Yo me preocupaba del ballet, que aunque lo era todo para mí, no era más que la vida que había perdido mi hermano que ya no podía jugar en el Real Madrid, como él quería. Al llegar a mi casa, mi madre seguía en la cama, así que sin quererla molestar, me hice un sandwich de queso y me fuí a mi habitación, donde empecé a estudiar para el examen de lengua que tenía dentro de dos días. Pero no me podía concentrar, esa música no salía de mi cabeza. No solo me recordaba a esos ensayos, si no también a las excursiones familiares, a los besos de buenas noches de papá y mamá y a los piecitos de mi hermano buscando los míos. Una lágrima resbaló por mi mejilla, intentaba no pensar en ello nunca pero esa maldita música había despertado en mi recuerdos dormidos. Aunque quería seguir escuchándola y no sabía por qué. Así que me

puse el casco, me subí a la bici y llegué hasta la tienda de antigüedades. La puerta seguía abierta así que , pasé. La máquina era pequeña, pero hermosa, antigua pero especial y mágica a la vez que sobrenatural. Una pequeña mujer salió de la trastienda y me sobresaltó y yo, asustada, monté en mi bici y salí corriendo. De vuelta a mi casa, y sin saber exactamente por qué, mis pies estaban bajando las escaleras hacia el desván y mis ojos buscaban con la mirada una caja amarilla, que encontré sumergida en polvo. La cogí, me senté en el suelo y la abrí para contemplar con gusto y horror a la vez, mis viejas puntas de ballet, que descansaban, desgastadas sobre el cartón. La música se repetía una y otra vez en mi cabeza y la cara de mi hermano sonriente e infantil corría detrás de mí. Aún recordaba un día que ensayaba, agotada para una audición en la sala donde solía hacerlo, una habitación en mi casa que había personalizado y pintado para poder hacer lo que más me gustaba, bailar. Era ya noche cerrada, cuando mi hermano entró con el pijama ya puesto y me dijo: “¿No vienes a la cama conmigo? A lo que yo contesté que no, que tenía que ensayar más, pero él, tan cabezota como yo, se sentó en una de las sillas y dijo que quería verme. Así que yo, hice la coreografía con más ganas que nunca, pues tenía delante al jurado más importante para mí.

Cuando terminé, sudorosa, unas palmitas sonaron en mi cabeza y una vocecita que la acompañaba :” Ana, bailas genial, seguro que lo consigues”. Era tan importante para mí oír aquello, que las lágrimas de emoción a mis ojos. Recogí la caja, y subí a mi habitación, dispuesta a irme a dormir, pero la música no paraba de sonar dentro de mí, intentando decirme algo. No podía concentrarme en otra cosa, ni siquiera en dormir. Las palabras de mi hermano acompañaban la melodía. Harta, metí la cabeza en cojín y chillé y chillé hasta que me hice daño en la garganta y lo tiré contra la pared. A la mañana siguiente, tampoco vi a mi madre fuera de la cama. Cogí la bici y me dirigí hacia la tienda. Otra vez, se encontraba vacía y abierta como abriéndome el camino hacia lo desconocido. Esta vez, tuve el valor suficiente de toquetear la caja y con ella, mis recuerdos dormidos. La música salía y me di cuenta de que también lo hacía un papelito rosado. Le dí vueltas a la palanca lo suficiente como para sacarlo y al terminar, lo lei. Lo que ponía me dejó desconcertada, pues no me esperaba nada por el estilo: “Persigue tus sueños”. Algo tan simple y sencillo, algo que me habían dicho tantas personas y leído tantas en la caja que emitía la música de ahora lo sabía , la noche que limpié mis viejas puntas, abrí después de dos años la puerta de mi sala de ensayos y me puse a bailar y en ese baile solté mi tristeza, bailé con añoranza y sentí una vez más como mis brazos y piernas se entrelazaban entre las notas musicales. Cuando me di la vuelta, en el marco de la puerta estaba apoyada mi madre, una mujer luchadora que había decidido dejar de luchar y que las cansadas arrugas causadas por la tristeza enmarcaban su rostro que antaño había estado radiante y feliz. Pero descubrí algo nuevo en su cara, una pequeña sonrisa que asomaba en la comisura de su boca, una sonrisa de esperanza e ilusión.

Una sonrisa que me hizo recapacitar y llegar a la conclusión mas inteligente de mi vida. La abracé, salí corriendo, llegué a la tienda y por fin allí estaba, una viejecita muy simpática que

ya sabía a por lo que venía y la llevé a mi sala de ensayo, donde estaba y siempre había estado su sitio.

Un año después, los periódicos lucían un hermoso titular : “ Ana nuestra querida vecina ha conseguido el premio a Bailaria Internacional”.

Miles de periodistas querían saber la historia de Ana y su familia pero solo a ti te da su mejor consejo:

“Persigue tus sueños, porque algún día se harán realidad y si no lo haces por ti, hazlo por los que te quieren, por aquellos que una vez confiaron en ti, igual que mi hermano lo hizo en mi”.